

en su nube de incienso por los remordimientos como un cadáver por los cuervos; podrá tocar con una mano en el Mediterráneo y con otra mano en el polo; podrá extender su corona cesárea como una sangrienta aurora boreal por todo el Norte; podrá calentar sus piés en las entrañas humeantes de pueblos degollados sobre nefastos altares; pero no podrá impedir que los polacos conspiren y se preparen á una nueva revolucion; que los alemanes sueñen con reincorporarse á su antigua pátria; que los montañeses del Cáucaso afilen sus armas en las piedras teñidas con la sangre de sus progenitores; que las sombras de los mártires de Siberia se alcen á imbuir la libertad en los habitantes de Rusia; que los campesinos aprendan á ser libres despues de haber dejado en el terruño sus cadenas; que las varias sectas esparramadas hoy, reclamen mañana la propiedad inviolable de su conciencia y la profesion pública de sus ideas; y no pudiendo impedir todo esto, mantendrá en sorda agitacion á Rusia hasta que llegue el dia verdaderamente deseado de todos, el dia de la libertad, que será tambien el dia de la justicia.

Volvamos los ojos á Inglaterra, donde se discutía por 1868 el humano principio de la libertad religiosa con motivo de la gran reforma de la supresion completa de la Iglesia anglicana en Irlanda.

Llamaba vivamente la atencion el debate empeñado en la Cámara de los Comunes sobre este tema. La verdad es que no puede continuar este monstruoso consorcio del Estado y la Iglesia sin que el poder se resienta y se resienta el derecho. Obligar á los católicos á pagar una Iglesia protestante es una grande injusticia. En esto, como en todo, la aristocracia inglesa tiene que entrar, tarde ó temprano, en los principios de la democracia moderna. La coaccion de los Estados se ha roto contra la inflexibilidad de la conciencia. La raza europea ha rechazado el islamismo que quisieron imponerle tantos conquistado-

res. Y la raza árabe admite el yugo civil de los cristianos, aunque con disgusto, pero no les deja llegar hasta el Dios de su espíritu. ¿Por qué la raza anglo-sajona ha de imponer á la raza céltica una religion que esta raza rechaza? Yo creo que en la separacion de la Iglesia y del Estado hay grandes tesoros morales para el mundo. De este gran principio han sacado los Estados-Unidos su fuerza. Méjico, que lo ha promulgado, ha podido salvarse de una horrible conjuracion clerical y de un atroz Imperio extranjero. El principio de la separacion entre la Iglesia y el Estado es sin duda hasta la base de un nuevo derecho internacional de los pueblos; derecho que acelera el pacto federal de los continentes despues del pacto federal de las naciones. Notad cuán impotentes han sido todos los poderes del mundo para matar la variedad religiosa. A pesar de sus esfuerzos esta variedad subsiste.

Yo lo he dicho en otra ocasion. «La unidad religiosa no se ha conseguido todavía en la tierra. Aún los dioses índicos murmuran en las orillas del Ganges, y el carro de Brahma rompe con sus ruedas las cabezas de los devotos; aún se levanta, en los templos de la China, la diosa en cuyas tetas cree la vulgar preocupacion que se amamanta la naturaleza; aún suena el atambor mágico en las llanuras de Tartaria, y vuelan como murciélagos las brujas que, para ir á Roma, evocaba Atila; aún el negro del interior de África inmola al espíritu de sus padres; cuyos lamentos cree oír en el simoun, víctimas humanas; aún quizará el abisinio deletrea, como un libro sagrado, los geroglíficos que encuentra en las ruinas cubiertas de arena; aún desde la helada Laponia, hasta las selvas de los trópicos, se extienden mil religiones; y en la misma Europa se levantan, por todas partes, las sinagogas, donde los judíos aguardan al Mesías; en las orillas del Guadalquivir y del Rhin, las dos grandes catedrales góticas, que representan en sus agudas agujas la aspiracion de la

Edad Media á lo infinito; en el Bósforo, sobre la Santa Sofia de Constantino, la media luna y las inscripciones del Koran; en el Norte los templos monstruosos teñidos de los colores del iris, y coronados con cimborrios dorados que representan el éisma griego; y en Roma, á la vista del panteon de todos los dioses, no lejos del despedazado anfiteatro, sobre los restos mutilados del paganismo, el templo de todos los católicos, donde Rafael unió, en el ideal de sus Vírgenes, las dos edades de la historia, las dos fases del espíritu, el mundo pagano y el mundo cristiano; donde Miguel Ángel unió, con las piedras milagrosamente alzadas á lo infinito en la cúpula maravillosa, la tierra con el cielo. ¿No podría tratarse una paz religiosa, entre los pueblos del mundo, semejante á la paz de Westfalia, que trataron los pueblos de Europa? Aún cabria esperar que, merced al telégrafo, á la navegacion, al vapor, rotas las murallas de la China, explorado el interior del África, convertidos en instrumentos de trabajo los instrumentos de guerra, asegurada la libertad de los misioneros por los esfuerzos de todas las naciones, respetados los derechos de la conciencia humana, se evangelizara toda la tierra, se cumpliera el ideal sublime de la fraternidad de todas las razas en el seno de un mismo derecho y de todos los espíritus en el seno de un mismo Dios.»

La libertad religiosa seria en otra parte propuesta por algun filósofo, y su triunfo remitido á una revolucion; pero en Inglaterra, donde toda idea se formula en el inmenso espacio concedido á la publicidad por el respeto al derecho individual y adquiere partidarios por la constante práctica de la asociacion, en Inglaterra la reforma de la Iglesia de Irlanda entra vencedora en el Parlamento. Por eso la tribuna inglesa es el primer poder de Europa. Sus altas cimas son las primeras en reflejar los albores de las nuevas ideas. Y no creais que no encuentra obstáculos el pensamiento reformista. A tres votaciones en que

la oposicion ha triunfado, la reina ha respondido manteniendo el ministerio. El Parlamento que votaba tales reformas iba á ser disuelto. A pesar de los cortos plazos de que se podia disponer, el nuevo Parlamento se reuniría á fines de Diciembre con arreglo á la última reforma electoral, que tanto extiende el derecho del sufragio. Disraeli creia que esta grande extension del sufragio le seria favorable porque tachaba la reforma propuesta por sus enemigos de poca práctica, y por consecuencia, contraria al génio de este pueblo y al carácter de su política; y creia posible renovar contra ella los ódios protestantes, no bien apagados todavía. Últimamente la incorporacion de los sastres le habia dado un banquete. El jefe de esta orgullosa aristocracia no se desdeñaba de presidir reuniones de artesanos, porque sabia bien que la primera virtud de Inglaterra era su trabajo. Para comprender toda la fuerza de estas asociaciones habia que ver en Lóndres sus palacios parecidos á palacios de reyes. Por eso todo un presidente del Consejo hablaba á los sastres de su política, de su línea de conducta, de su pensamiento, como pudiera hablar á una reunion de diplomáticos. En los pueblos acostumbrados de antiguo á la servidumbre, se llega á creer incompatible la política con el trabajo. Zapatero á tus zapatos, se suele decir entre nosotros cuando un artesano eleva su inteligencia y su alma hasta confundirla con el alma y la inteligencia de la humanidad ó de la pátria. Los asuntos de Inglaterra son asuntos de cada uno de sus hijos. Las verdaderas elecciones se verifican en las magnas juntas preparatorias para designar los candidatos, puesto que luego el escrutinio es pura fórmula; y en tales juntas todo el mundo toma parte, hasta los extranjeros que pueden hallarse de esta suerte revestidos por un momento de la envidiable dignidad de ciudadanos ingleses. Pues bien: Disraeli habló de la reforma pintándola con sombríos colores; dijo que puede romper en mil pedazos el cetro de

la reina y el poder británico; que no es un pensamiento liberal, sino un pensamiento demagógico. A pesar de estas excomuniones, yo fiaba en el buen sentido del pueblo inglés; yo creía y pensaba que triunfaría inevitablemente la reforma.

El clero protestante ponía inmensos obstáculos. Esa tierra de la libertad, tiene también que luchar con su clero. Entrad en uno de los edificios más sagrados del mundo, en las Cámaras inglesas; investigad los elementos mayores de resistencia á todo progreso, y los encontrareis en su alta Iglesia, en la oligarquía eclesiástica, en los Obispos. Ellos se opusieron á la reforma electoral, ellos á la emancipación de los católicos; ellos se oponen ahora al grande acto de justicia meditado y propuesto por los liberales á la reforma de la Iglesia de Irlanda.

La arquitectura tiene misteriosas combinaciones que harán de ella siempre un símbolo magnífico, la expresión de una época. Cuando se entra en San Pablo de Londres, lo primero que hiere la atención de todo observador, es que, empezada y concluida esta Iglesia en tiempos del protestantismo, tiene la disposición de capillas propia de las Iglesias Católicas. Cualquiera diría que San Pablo ha sido como la abadía de Westminster, alguna vez, de la religión romana. ¿Qué hacen allí aquellas capillas laterales destinadas en la liturgia católica al culto de los santos? El secreto de esta inconsecuencia lo sabe la historia. El Duque de York, más tarde Jacobo I, no renunciaba á la idea de restaurar el catolicismo en la Gran-Bretaña; y la catedral protestante obedeció á este pensamiento político y reprodujo la construcción simbólica de las Iglesias del continente. El arquitecto lloró cuando le impusieron esta herejía; pero la iglesia protestante queda ahí con el sello católico en cada una de sus piedras. Es el símbolo de la iglesia anglicana, ortodoxa, amiga de las grandes riquezas, dada á las exterioridades del culto, con sus obispos vestidos

de lucientes casullas, su clero fraccionado en gerarquías feudales, su intolerancia semejante á la intolerancia pontificia; separado de Roma más que por cuestiones de dogma, por rivalidades de raza.

Pero admiremos una y mil veces al pueblo inglés, ó mejor dicho, admiremos una y mil veces el poder de la libertad en el mundo. Toda nación que se habitúa á la libertad, se transfigura. Por eso predije en todo tiempo una transfiguración maravillosa á las Repúblicas americanas, que, á despecho de la educación colonial, y del medio histórico donde han vivido, aciertan á conservar con grande firmeza, disputándose la palma á palma á todos los elementos conjurados en su daño, la santa libertad y la adhesión tenaz, invencible á los principios democráticos. Pues bien, decía que todo pueblo se transfigura en la libertad. Notaba la transfiguración del pueblo inglés, uno de los más apegados á sus tradiciones; uno de los más avenidos con sus hábitos y costumbres seculares. La abolición de la iglesia protestante de Irlanda es popular en la protestante Inglaterra. Este progreso de las costumbres ¡oh! es uno de los milagros mayores de la libertad.

Aun quedan gentes intolerantísimas, porque las sombras de las ideas viejas no se disipan rápidamente. Por el mes de Junio de 1868 hablaba Brighth, el orador radical, de esta reforma, que es religiosa porque se refiere á la conciencia, y social también porque se refiere á la propiedad. Y decía lo que solamente los ciegos pueden desconocer, decía que la reforma relativa á la iglesia de Irlanda es uno de los títulos de gloria con que nuestro siglo se presentará á lo porvenir. Y al mismo tiempo que estas justísimas palabras despertaban caloroso entusiasmo en su auditorio, no lejos de allí, los intolerantes, los enemigos de todo progreso, quemaban la efigie del grande orador, como Enrique VIII y Calvino quemaban en nombre de la libertad de conciencia á los que adoraban al Dios de su conciencia.

En Bandbridge, cerca de Belfast, se presentaron tres oradores católicos á catequizar en nombre del derecho sagrado que todo hombre tiene en Inglaterra á expresar libre y públicamente sus ideas políticas y religiosas. La irritación que las discusiones sobre la Iglesia de Irlanda ha producido, se conserva tan viva, que los intolerantes persiguieron á los católicos y atacaron á mano armada sus capillas. Fué necesario usar de la fuerza pública para impedir un desastre. Nada más natural. La libertad es siempre tempestuosa. Una de sus mayores ventajas, la mayor, está en la posibilidad que dá á todas las ideas y á todos los sentimientos de manifestarse, impidiendo esa oscura aglomeración de dolores ocultos, de aspiraciones silenciosas que suelen estallar al pie de los poderes tiránicos en pavorosas catástrofes.

Así los actos de intolerancia pasan en el libre pueblo inglés. Son los fuegos fatuos que corren por el inmenso hosario de las ideas muertas. La verdad es que, á pesar de la oposición personal de la Reina, á pesar de la liga de todos los intolerantes, á pesar de los manejos del alto clero anglicano herido hoy en sus antiguos privilegios y amenazado para mañana; en la Cámara de los Comunes, esa representación única de las ideas de Inglaterra; en la prensa británica, ese faro de luz eterna levantado sobre el escollo donde la libertad de pensar hoy se refugia; en las grandes reuniones que agitan todos los problemas y se renuevan al choque de la contradicción moral todas las conciencias; en el ánimo del pueblo, asilo en que los penates de otros tiempos conservan su último altar y aspiran su último incienso; la abolición de la Iglesia protestante es una causa ya definitivamente ganada para honra de este pueblo y para honra todavía mayor de la libertad.

En los horizontes del tiempo no nos hallamos hoy lejos de 1780. Aún no se ha cumplido un siglo. Y en los horizontes morales ¡cuán lejos, casi hemos recorrido lo infinito!

En 1780 Lord Gordon protesta contra ciertas ligeras concesiones á los católicos, y el pueblo le secunda en su senil intolerancia. Las casas de Londres aparecen llenas de rótulos con este grito de muerte «abajo el papismo.» Los habitantes se ciñen el cintillo azul, signo de guerra y de matanza. Las prisiones se abren al tumulto y se une la hez de la sociedad á la hez del populacho como dos ríos de inmundicia. Son destruidos los juzgados de paz y quemadas las Iglesias de los católicos; destrozados á pedradas todos los reverberos como si aquellos hijos de las sombras amotinados contra los principios humanitarios de tolerancia, temiesen á un tiempo la luz material y la luz moral. Los barrios estallan en muchedumbres informes de saqueadores y asesinos que parecen evocados del seno de una sociedad desconocida. El incendio aumenta los horrores de la rebelión, y el estampido de las descargas mezclado á las voces de rabia, de ira y de terror, forma la más siniestra de las tempestades. Caen criaturas humanas á centenares sobre arroyos de sangre y entre círculos de fuego como las piedras de muros destrozados. Los depósitos inmensos de licores arden y forman como un río del infierno. Arrójanse las muchedumbres á beber y se abrasan retorciéndose entre dolores infinitos, metidas en el ardiente baño. Aquello fué una orgía infernal, una degollación en el seno de un incendio, como si la sociedad se desquiciara, teniendo en sus cimientos un terremoto infinito y en su cima las bocas de cien volcanes.

Pues bien, contemplad cómo han cambiado los tiempos. Hoy esa misma ciudad aclama á los que piden la abolición de su Iglesia en Irlanda, y el reconocimiento del derecho que tienen sus enemigos eternos, los católicos, á no pagar el culto protestante. Hoy esa misma ciudad está impaciente porque no cae un ministerio, cuyo mayor empeño es defender la religión de Londres. Hoy se grita contra el papismo, y una carcajada

universal responde á ese grito de muerte. El gobierno se resiste, hasta tocar en los límites de lo inconstitucional. A pesar de la formidable mayoría que el bill de reforma eclesiástica ha tenido, se mantiene de pié Disraeli, desafiando la tempestad. Nuevas elecciones vendrán, y recibirá el poder reaccionario, que hoy domina en la Gran-Breña, un golpe mortal.

En la noche del 8 de Junio de 1868 reveló bien el Canciller del Echiquier, respondiendo á una interpelacion de Mr. Childers, cuáles eran los proyectos del gobierno. Propóniase pedir que los subsidios se votaran hasta fin de año, puesto que el nuevo Parlamento no podría reunirse sino para la pascua de Navidad. Con tal motivo, añadió estas amargas palabras: «Nuestro mayor deseo como gobierno, es salir por un llamamiento al país de la posición verdaderamente intolerable en que nos encontramos.» Tenia razon; para los representantes del pueblo intolerable como forzados á sostener un gobierno que no representaba su voluntad soberana.

Todo el mundo creía en la Gran-Breña al gobierno tory transitorio. Gladstone, que tantas muestras de elevadísimo criterio y de poderosa elocuencia ha dado; que desde las alturas del poder, montañas cuyas cimas están hácia abajo, hácia las sombras, ha visto los horizontes luminosos del porvenir; Gladstone, que reúne á la constancia y al sentido práctico de los sajones el amor á lo ideal de los latinos; Gladstone era el repúblico llamado á fundar un gobierno capaz de corresponder á los sentimientos de progreso cada día más arraigados en su grandiosa pátria.

El problema sin duda más difícil que había de resolverse era el de contar ó no contar con los radicales, que tan poderoso auxilio en esta solemne ocasion le habían prestado. Quizá su número no fuera considerable, pero es considerable su fuerza moral, la fuerza de sus ideas. El inconveniente que tendría para Gladstone, la asociacion por ejemplo, de

Brigh, sería que este no puede ascender al gobierno sin suscitar la reforma electoral, y no puede suscitar la reforma electoral sin proponer el voto para todos los ciudadanos. La Inglaterra meditará mucho esta reforma; pero la aceptará al cabo. No hay cuestion política alguna que suscite las tempestuosas pasiones de una cuestion religiosa; santuario donde el pueblo halla consuelo á sus dolores y alimento á sus esperanzas. Y sin embargo, los liberales han podido abordar esa cuestion y vencer. ¿Por qué no habían de vencer en la cuestion ménos candente del sufragio universal?

Cuán distinto es el método inglés de nuestro método político. En Francia, en España para ahogar una insurreccion como la insurreccion feniana, se apela á persecuciones horribles contra todas las libertades, mientras se apela en Inglaterra á un ensanche, á un progreso de estas dobles garantías de la paz y de la dignidad de los pueblos. Allí se presenta cada reformador como un criminal por las conjuraciones del poder contra la verdad; y aquí se levanta al pueblo, su tarda conciencia, hasta el Thabor, donde las inteligencias superiores se transfiguran, y se le hace ver en los reformadores sus profetas y sus héroes. Este sublime desinterés de un pueblo tan esencialmente positivista, será el asombro de la historia, y será también la vergüenza de aquellos pueblos católicos, hijos de la inquisicion, que convirtiendo el Evangelio en Korán, y la Iglesia en fortaleza militar, nieguen á los disidentes del catolicismo el derecho que Inglaterra, cuya gloria desde el siglo décimo-sexto se halla unida al protestantismo, concede, no generosa, justamente á los católicos.

Y no se crea que el espíritu de resistencia deja de existir en esta sociedad forjada en el bronce de la historia; existe poderoso, vigorosísimo, tanto más fuerte, cuanto más se encierra en las leyes. Quizá no hay en el mundo un poder más tenaz en su resistencia

al progreso que la Cámara de los Lores. En 1804, cuando la abolicion de la infame trata de negros, había sido votada por los Comunes, se vió ir á votar á la Cámara de los Lores contra esta santa reforma, á cuatro individuos de la familia reinante. Setenta y cinco años resistió la alta Cámara al bill que abolía la pena de muerte para los delitos de robo de menor cuantía. Inmensa oposicion hizo á la ley de cereales, á la reforma electoral, y al bill que emancipaba los católicos, dictado á la conciencia de Inglaterra por la voz tempestuosa de O'Connell, ese tribuno sublime de una raza oprimida, y de una religion proscrita.

Pero todo el mundo sabe que esta resistencia no llega hasta la negacion absoluta y por eso no llegan nunca las reformas en su fuerza impulsiva hasta la absoluta desesperacion de las revoluciones. En 1868 se apela á los medios de siempre. Los privilegiados, los poderosos lores, los obispos, la Iglesia anglicana, la aristocracia más rica de toda Europa, recurren contra Gladstone á las eternas calumnias que oponen todas las reacciones á todos los progresos: le dicen católico, papista, defensor de los jesuitas, enemigo jurado de la grandeza de su pátria, sacristan de Roma, teniente de Antonelli; ignorando sin duda que el liberalismo en sus amplias formas políticas se eleva sobre las disidencias de los cultos, sobre la oposicion de las religiones, y lo abraza todo, lo consagra todo, con respeto escrupuloso á la conciencia individual, en fórmulas de derecho inspiradas por las ideas de justicia.

Yo participo en mi oscuridad y en mi destierro de ese mismo desinterés. Yo me elevo sobre todas las heridas abiertas en mi alma á las altísimas regiones de la eterna justicia. Yo defiendiendo el derecho de los que han negado mi derecho. Yo aplaudo la emancipacion de los que han tiranizado mi conciencia, y en nombre de su religion, me han arrebatado la propiedad de mi pensamiento y el hogar sagrado de la pátria, arrancándome hasta la esperanza de mezclar en la tierra natal mis

huesos con los huesos de mis padres. Pero antes que todo está la justicia, y bendigo el que sus rayos vivificadores caigan sobre la frente petrificada de mis verdugos. Emancipacion universal, libertad de todos, justicia para todos, respeto á la conciencia de los católicos y de los protestantes; inviolabilidad del pensamiento humano. Este es nuestro dogma, y lo acatamos en todas partes, y lo queremos para todos los hombres, trabajando en la medida de nuestras fuerzas por aquellos mismos que nos persiguen y nos calumnian. Honor, pues, á los liberales ingleses. Y como cada día las diferencias de nacionalidad, y las oposiciones de razas se van perdiendo barridas por las nubes del vapor, y las chispas del telégrafo, honor á la humanidad. Yo no creo, yo no puedo creer que la libertad sea el patrimonio exclusivo de la raza germánica. Si tal creyera, le aconsejaria á mi propia raza el suicidio en toda la extension de la tierra, aunque hubiera de perecer yo el primero en la universal catástrofe. Nosotros realizaremos también la libertad.

Hay otro pueblo en Europa para el cual guardaré siempre mi admiracion y mi culto. Las tierras de Francia tienen la brillante uniformidad del Cesarismo. Pero así que nos volvemos á Suiza, así que penetramos por los primeros estribos de los Alpes, el terreno cambia en una variedad prodigiosa; en montañas, sobre cuyas cimas se alzan las ruinas de un castillo feudal poblado hoy de águilas; en valles, por cuyo fondo corren impetuosamente los rios, y á cuyas laderas se suspenden, á guisa de blancos nidos, las aldeas. ¡Ginebra, cuna ilustre de la conciencia de los pueblos libres, yo te saludo!

Mil veces he descrito á Ginebra, y por lo mismo excuso repetir sus magnificencias; las luminosas aguas del Ródano que saltan á borbotones engalanándose de espumas tendidas sobre su corriente como blancas nubes sobre un cielo azul; la limpidez del lago, cuyo color desafía en transparencia al color del golfo